

El Tiempo y Antecedentes De un Poema



Probablemente es algún poema, alguna extraña excitación que no me deja arribar a la playa de ningún tema. Escribo y rompo cuartillas. La máquina me enseña sus dientes devoradores, hosca como toda máquina, pequeño monstruo faldero. Y el reloj con su falso corazón marcando, insaciable, el tiempo que pasa. Escribo de nuevo. Rompo de nuevo. Va creciendo un peligroso hastío, y el deseo de huir. El gato se enrolla al pie del reloj; me mira con su ojo estriado, sin interioridad, fieramente objetivo. El tic-tac monótono poco a poco amartilla sobre sus párpados que va declinando perezoso, lento. Quizás por eso busca el reloj. Quizás ese tic-tac insistente, esa gota de tiempo, sea su canción de cuna preferida. Se duerme. Entra en la nada.

Para el animal no hay tiempo. Ningún animal tiene conciencia de que dura ni de que acaba. Sólo el hombre se sabe temporal y mortal. La esencia del problema del hombre es ser una finitud consciente.

Sólo el alma se da cuenta del tiempo. Y sin embargo, es el cuerpo el que sufre el rigor de su ley.

El animal puede vivir toda su vida junto a un reloj y su significación le será tan absolutamente impenetrable como le es desconocida su propia existencia de animal. Sólo el hombre es consciente de su existencia: el reloj es el invento de un corazón afuera, para marcar el paso del otro corazón.

El calendario y el reloj son invenciones, no de la observación de los astros sino del hombre en el espejo de los astros y del mundo. Me desdoble. Me reflejo. Me miro a mí mismo y esa mirada refleja, esa reflexión o conciencia, descubre el Tiempo.

“... la obra profunda de la hora,
la labor del minuto y el prodigio del año...”
que dice Rubén en su Otoño. Pero al descubrir el Tiempo se me filtra la angustia porque me sé encerrado en algo más pequeño y más estrecho que yo mismo. Descubro mis límites. El tiempo del gato es del tamaño del gato. En cambio, yo siempre quiero más tiempo (y por tanto más espacio). Trasciendo esa medida. ¿Por qué?

Si me digo: “Yo soy mi PRESENTE”, miento. Porque el presente se me destruye, se me escapa, se me hace pasado apenas comienzo a vivirlo. Tic-Tac. Tic-Tac. Cada “soy” se convierte, inmediatamente, en un “fui”. (Y el gato duerme, en paz).

Si me digo: “Yo soy mi PASADO”, miento. Porque ya no lo puedo recuperar. Al pasar se me enajena. Ni siquiera puedo recordar todo mi pasado; se me disipa en olvido. Ya no es mío ni en la memoria. Se me pierde.

Si me digo, entonces: “Yo SOY MI FUTURO”, me miento. Porque mi futuro es absoluta incertidumbre.

Soy, pues, destrucción e incógnita y sin embargo ALGO mío subsiste sobre esos escombros. Sé que soy algo superior a mi propio desastre.

Pero ¿qué significa ese saber que soy algo más de lo que soy? ¿De dónde tomo esas medidas si todo lo que me rodea sufre el mismo desastre y se disipa y destruye?

¿Cómo puedo, por ejemplo, darme cuenta del tiempo si no tengo en mí algo superior al tiempo? El cuerpo por sí mismo (como el gato) no se sabe niño, ni se sabe joven, ni se sabe anciano. No se sabe de hoy ni de mañana. No sabe de sí mismo, hasta que algo distinto al cuerpo —el espíritu— completa al cuerpo lo que le faltaba: la dimensión nueva, metafísica, más allá de lo físico.

¿Es que un reloj me viene a decir que soy eterno y que trasciendo los límites de lo material y de lo finito?

Si es así, quiere decir que no me miento al pensar que soy futuro, que tengo mañana. Lo específico del hombre es lanzarse sobre el mañana, aún sabiendo que en ese mañana está la muerte. El animal no tiene futuro. Hasta que aparece el hombre sobre la tierra surge el futuro, es decir: la previsión, el proyecto, el trascender. Con el hombre surge la aspiración a lo absoluto que es lo que mueve la historia hacia adelante.

El progreso es lo que avanza el hombre en la tierra en su movimiento por avanzar más allá de la tierra. Es el saldo de lo que queda en el Tiempo en su avance hacia lo absoluto. Lo que corre el corredor para dar el salto. Sin la muerte —que es la razón del salto— no habría progreso.

El gato no escucha el reto de la muerte en el tic-tac del reloj. Es el mismo gato que miraba el faraón Sozer sobre su mesa de granito.

Me causa daño pensar en esa inmovilidad. Su ojo me mira con los siglos coagulados. Es el tiempo inconsciente de ser tiempo.

Tomo un libro de Homero. Leo. Quiero MATAR EL TIEMPO. En realidad quien ha matado el tiempo es Homero. Si yo puedo leer a Homero miles de años después de su existencia, quiere decir que Homero poseía algo que quedó encendido mientras Homero, el cuerpo de Homero ya no es. Su cuerpo era una cárcel que en-

3 – VIENE DE LA SEGUNDA PAGINA

cerraba a un prisionero más grande que la cárcel y que subsiste al destruirse la cárcel

Hoy no me deja el Tiempo tranquilo. Abandono el escritorio. Dejo los papeles. Me alejo del reloj. La luna húmeda baña las flores blancas de la noche. Comprendo.

Y fue así como escribí aquel pequeñísimo poema: MEDITACION ANTE UN POEMA ANTIGUO

“Preguntó la flor: ¿el perfume acaso me sobrevivirá?”

Preguntó la luna: ¿guardo algo de luz para después de perecer?”

Mas el hombre dijo: ¿por qué termino y queda entre vosotros mi canto?”

PABLO ANTONIO CUADRA